

# Juan Gopar: Gestos cristalizados

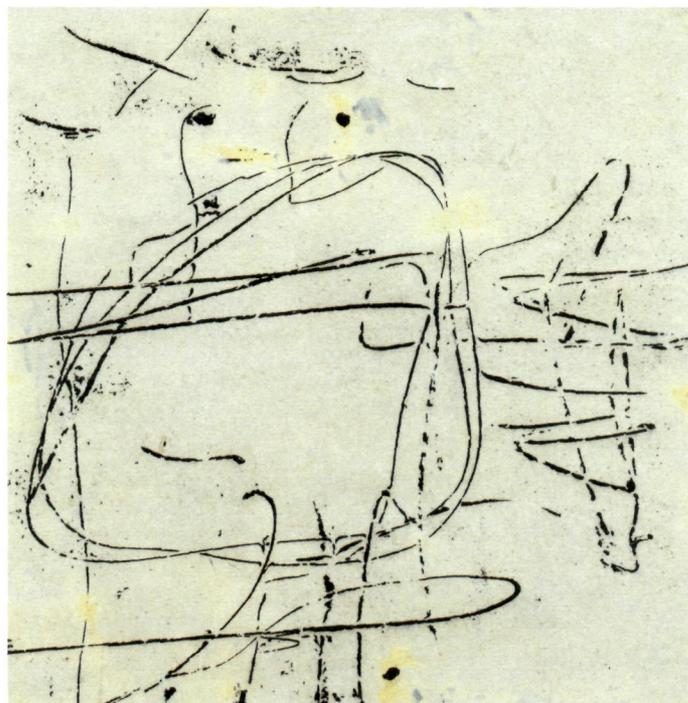
“Gopar es un artesano que pule y abrillanta en la actualidad la superficie de sus cuadros. Un escultor, un modulador de la profundidad”. Así intentaba perfilar la dimensión escultórica que Gopar le presta al cuadro “pintado”, y que supone una transformación esencial del producto. En junio de 1992 la sala de la galería Pelaires expuso la obra de la exposición *Teth*. Casi simultáneamente se inauguró otra exposición en Bruselas, *Gacelas Interiores*. La obra que integra estas dos muestras de la producción más reciente de Gopar es el resultado de una dinámica creadora que posee un carácter estético desarrollado. No se caracteriza por la variedad, la polaridad o la discontinuidad, sino, al contrario, por una homogeneidad evolutiva. El mismo viaje que nos va descubriendo insospechados rincones.

Un equilibrio fundamental se desprende de esta obra nueva. El pintor ha integrado el dibujo, que cuenta ya con una rica historia dentro de su arte, (la origen o raíz figurativa), en la forma acabada de su cuadro artesanalmente trabajado. Los usos que el lanzaroteño hace de la técnica, recuerdan a los procesos de la alquimia, donde la esencia bruta del mineral sufrirá benévolas y depuradoras transformaciones. Transformación en su pintura-escultura es la suma de las fusiones: pigmento, resina, fibra, la máquina pulidora, el espíritu hacedor, la línea, el dibujo, el color o tono. *Teth* y *Gacelas* se pueden leer como un completo diario de un ánimo por definición fluctuante, un registro de actitudes anímicas

que responden a una idea de lo gradual y lo espontáneo interiorizados.

En la superficie opaca-brillante del pintor, la claridad y la indefinición de la imagen no dejan de enfatizar la vertiente caracteriológica de cada cuadro. El pigmento parece plegarse más a una sensibilidad directa. Tiene no sólo el tono de la tierra sino la consistencia y el espesor de la misma. El pintor conoce el óleo y al acrílico. El pigmento le permite alejarse del color pintado y establecer el tono, más allá de la fidelidad visual al mundo percibido, conduciendo al terreno de la esencia y la religiosidad. Es un matiz importante. El uso del tono, sobre todo el amarillo ocre, los rojos terrosos, los grises blancos semi-fríos y amarmolados determinan el ámbito de una tierra propia de la pintura, donde el pigmento negro del dibujo se fija, se petrifica, con mayor pujanza. El cuadro se convierte en campo para el signo, lugar cálido que espera el gesto de la mano, en tierra sagrada.

Gopar rige su relación personal con el objeto artístico. Notable en él es el poder de la subjetividad. El abandono a ella. Controla la distancia y la cercanía, la transparencia y la invisibilidad. La intensidad de la pulición crea, mantiene, resuelve estas tensiones, sometiendo la expresividad del color a las huellas de la energía. La máquina es el arma de la intención, aunque por ello, no deja de crear “accidentes” propicios.



JUAN GOPAR. 1992. Tec. Mix. Cort.  
Galería Manuel Ojeda. Las Palmas.

La energía que se halla bajo el aspecto cristalizado y alisado del cuadro gopariano es una interacción de movimientos. El dibujo perfila el espíritu del movimiento. Sus rutas quebradas, meandros, trazos abandonados son el pre-texto dramático. La pulidora, fuente mecánica de energía, completa la sensorialidad del movimiento. La mano del artista somete la máquina a su voluntad, aunque lo que surge es un híbrido creador. La máquina tiene su propio espíritu. Ambos dominan, jactanciosamente, toda la geografía móvil: el trazo lateral, la elipse, el semi-círculo, el descenso, el ascenso, la voluta. Gopar es un avanzado colonizador de la técnica. Podría seguir “pintando” hasta la infinidad toda la energía del cosmos, visto como una vitalidad joven-arcaica. ¿Puede esta ilimitación de la serie minar el frescor original, puede llegar a abusar de la estética que él ha concretado?

La dinámica evolutiva de *Teth* y *Gacelas* experimenta una nueva transformación. De las perspectivas luminosas y neblinosas de los cuadros que conforman estas exposiciones, aquellos recuadros con aspecto de loseta donde el dibujo se quintaesencia ligero mientras la luz irradia desde puntos diversos, Gopar pasa a una postura de recogimiento interior.

Los cuadros más recientes tienen proporciones de cuadrado, y tal racionalización de las medidas no es gratuita. La imagen y figura del estanque es parte del simbolismo central literario-pictórico del pintor. Lugar mis-

térico del agua remansada, percibido desde la infancia y habitando la psique desde entonces. Los azules-grises, azules-negros y verdigrises nos hablan de otra estación, y de una sobriedad invernal. *Teth* y *Gacelas* se distancian como hechos acaecidos en el estío. Ahora nos asomaremos al borde del agua empozada, a un clima que parece pertenecer al invierno.

La fibra está pegada sobre la superficie pintada con resina de poliuretano, a la inversa de las obras recientes y anteriores. La textura, la superficie, son imposiciones inmediatas. Esta variación encaja perfectamente con la subjetividad de la distancia/cercanía. Al alejarnos percibimos los trazos circulares de la pulidora, definidores del sentido general del movimiento. Sin embargo, al acercarnos, la circularidad aparente se fragmenta, como mil astillas, en una pluralidad absoluta direccional.

Verticalidad y horizontalidad son referencias difíciles de aplicar a esta nueva obra. La superficie del estanque transmite otra emoción: la suspensión contenida, la atracción-horror del fondo. Los tonos azules y verdes oscuros sugieren algo tenebroso, un fondo escondido. Sobre ellos fulgen las partículas de la fibra. Juan Gopar dibuja sobre el agua, remite la esencia del dibujo a los segundos que permanece el impacto físico sobre el estanque. Vive su deseo fantástico, se refresca así en la sequedad arcaica de Timanfaya.

J. A.

